

de la venida de Jesucristo. Estos son efectos de la cólera de Dios justamente irritado contra los hombres culpables é ingratos. Y no obstante, cuando la sequia hace temer la esterilidad, sacrificais á Júpiter, frecuentando los baños, las hospederías y demás sitios de libertinage. Nosotros procuramos ablandar al cielo con el auxilio de la continencia, de la frugalidad, de los ayunos, vistiéndonos con un saco, cubriendo de ceniza nuestras cabezas, y rendimos homenaje á Dios después de haber alcanzado misericordia. Pero no nos abaten estas desgracias, porque solo abrigamos en este mundo el deseo de abandonarle lo más pronto que nos sea posible.»

Tertuliano acreditó asimismo toda su energía contra los espectáculos, especialmente contra los teatros, en extremo nocivos. tanto por su origen idólatra como por los peligros inherentes á su índole, y por las pasiones que escitan entre los asistentes. Trata de diferentes casos de idolatría, así como del tocado de las mujeres, del martirio, del bautismo, de la penitencia, de la oración, reprobando siempre los abusos y las supersticiones. Su libro *De las prescripciones*, es una obra de grande autoridad: combate en ella á los hereges con razones legales, como incapaces de ser admitidos á discutir sobre las Sagradas Escrituras, en atención á que no las conocen. Les confunde recordándoles que han nacido ayer, á la par que la Iglesia cree lo que fué enseñado por los Apóstoles y por las iglesias de que fueron fundadores.

No va por tanto en pos del arte por amor al arte. Tertuliano se destaca enteramente de los clásicos por su vehemencia, por su colorido. Es apasionado apóstol y su importancia literaria nace del contraste; y hasta se distingue por su lenguaje y frases originales. Fué el primero en aducir del cristianismo las pruebas sociales. Libre por completo del simbolismo de los orientales, y positivo en un todo, es en sus obras austero, grave, pero incorrecto y á la vez tan afectado en su estilo como en sus pensamientos: profuso por espontánea abundancia y oscuro á veces por sobra de concisión (8).

A pesar de todo se puede censurar á Tertuliano por apasionarse demasiado de sus opiniones, por ser demasiado absoluto aun con sus grandísimos conocimientos, y por haberse dejado llevar de los errores de los montanistas, que estaban en relación con la severidad de su talento. Esforzando entonces sus doctrinas hasta el exceso, negó que fuera lícito sustraerse á la persecución con la fuga: multiplicó los ayunos obligatorios, y no quiso que los que habían caído en la impureza fueran admitidos

(8) A más de los escritores eclesiásticos, véase AUGUSTO NEANDER.—*Antignostikus Geist der Tertullianus und Einleitung in dessen Schriften*. Berlin, 1823.

J. P. CHARPENTIER.—*Estudio histórico y literario sobre Tertuliano*. Paris, 1838.

á la penitencia. Perseveró en estos errores hasta el punto de hacer dudar de su salvación.

San Cipriano.—Cecilio Cipriano, natural de Cartago, tan apasionado como Tertuliano, procede no obstante con más mesura: y no se sabe si domina más en sus obras la gracia ó la lozanía. Escribió gran número de ellas con suave y limpia abundancia, contribuyendo quizá más que otro alguno á separar estas dos cosas; la fe y el exámen, la revelación y el raciocinio, cuya mezcla produce el avasallamiento ó el error del entendimiento; mientras que su distinción abre al espíritu humano al campo de lo infinito, haciéndole pasar del símbolo á la realidad. Impugna especialmente, en sus tratados de *Vanitate idolatriæ*, y de *Unitate Ecclesiæ*, el antiguo culto y los modernos cismas, estableciendo la unidad de la fe en la unidad de la cátedra romana (9). Sabedor de que el Papa iba á hacer concesiones al cismático Felicísimo, le escribía de este modo: *Carísimo hermano, un obispo puede ser muerto, no vencido. Abraza, pues, tiernamente al que manifiesta verdadero arrepentimiento; pero si*

(9) San Pablo echa los cimientos de la unidad de la Iglesia con estas palabras: «Trabajando con esmero en conservar la unidad de un espíritu con el vínculo de la paz, no sois todos más que un espíritu y un cuerpo, así como todos habeis sido llamados á una misma esperanza. No hay más que un Señor, una fe, un bautismo, un Dios padre de todos, que es superior á todos, que á todos hace estensiva la providencia y que en todos reside.» (*A los efesios*, IV, 4). Tal es el principio de la unidad á que debemos adherirnos inviolablemente, y con especialidad nosotros los obispos, que tenemos el honor de presidir la Iglesia.

«Como no hay más que un solo Jesucristo, así tampoco hay más que una sola Iglesia, y una sola cátedra, fundada por San Pedro por la misma palabra de Jesucristo; desde entonces no hay más que un mismo altar, un solo sacerdote; no deben contarse dos en ningún caso, ni existir otro que sea diferente. Solo una criminal demencia y una impietad sacrilega pueden tener derecho de violar el orden establecido por Dios mismo.

«No hay más que un solo episcopado del cual forma cada obispo solidariamente parte. Existiendo un solo episcopado no hay más que una sola Iglesia esparcida en la inmensa muchedumbre de miembros que la componen. Del sol parten gran número de rayos, y el foco de la luz es uno solo; un árbol tiene muchas ramas, pero todas brotan de un mismo tronco, que ha echado en la tierra profundas raíces; muchos arroyos nacen de un manantial; pero todos se derivan de un mismo origen.

«Un rayo no se puede separar del sol, no da luz cuando ya no está en relación con su principio; una rama desprendida del tronco ya no echa raíces; un arroyo que se desvía de su manantial se seca en breve. Tal es la imagen de la Iglesia. La divina luz con que está dotada, abarca en sus rayos al mundo entero, si bien proviene de un solo punto, que distribuye el esplendor en todos los lugares sin que se descomponga la unidad del principio. Su inagotable fecundidad estiende sus ramas sobre toda la tierra y derrama á lo lejos sus abundantes aguas; pero donde quiera procede del mismo origen, del mismo principio, es la misma madre que acredita su vigor en el número de sus hijos.» *De unitate*.—*Epistola ad plebem*.

alguno piensa en hacerse abrir las puertas por el terror, sepa que el campamento de Cristo no se toma con amenazas. Lleno de ardor y de sentimiento tiene, en concepto de Fenelon, una grandeza y una vehemencia que recuerdan á Demóstenes. También se descarró por la senda del error, si bien redimió su falta con el generoso martirio que hemos narrado (pág. 258).

Arnobio.—Arnobio era también africano. Después de sustentar por largo tiempo el paganismo, se declaró vencido y se rindió á la Iglesia, que le instó á emplear contra la idolatría la influencia de su palabra (303), y dirigiéndose en sus siete libros *contra los Gentiles* (10) á los hombres instruidos, capaces de juzgar las nuevas creencias y las antiguas, hizo de estas la refutación más completa. Difuso y afectado como un hábil retórico, sin ser profundo en el conocimiento de la verdad, rara vez cita el Nuevo Testamento, el antiguo nunca; por lo demás emplea cuanta fuerza le asiste para confundir á la idolatría y á los que pretendían que «desde el cristianismo había perecido el mundo, y que el género humano había sido presa de todos los males.»

Lactancio.—Su mérito consiste en haber educado otro poderoso campeón del cristianismo, este es Celio Lactancio, quien fué encargado por Constantino de iniciar á Crispo, su hijo, en las ciencias que había aprendido en Asia (318). Tiene más imaginación oratoria que verdad histórica en su pequeño tratado *De la muerte de los perseguidores*. Cuando en el momento en que la verdad era refutada con la cuchilla, vió levantarse filósofos para desacreditarla con sus libros, concibió tanta indignación que se propuso impugnar á todos los enemigos de la religión cristiana. Esto hizo en sus *Instituciones divinas* (11) publicadas á fines del reinado de Constantino. Débil teólogo, combate los errores, sin que sepa evitarlos, y es menos notable por una elocuencia elevada que por lo selecto de la espresión; por eso, aun siendo el más elegante de los autores eclesiásticos latinos, dista bastante de merecer el título de Cicerón cristiano. Bien lejos de participar de la indignación de Julio Firmico (12) que reclamaba sobre la idolatría el rigor de las leyes, proclamó que la religión es la cosa más espontánea y más libre (13). *Lejos de nosotros la idea de vengarnos de nuestros perseguidores; quede para Dios este cuidado. La sangre de los cristianos caerá gota á gota sobre la cabeza de los que la han vertido.*

Panteno.—Ya en tiempo de Marco Aurelio se

(10) *Disputationum adversus Gentes libri VII*. Leida, 1651. La obra de Arnobio, editada por A. Reifferscheid, se halla también en el IV volumen de la *Colección de escritores eclesiásticos latinos*, que se publicó á costa de la Academia de Viena.

(11) *CÆLII LACTANTII Opera, edit. Galai et variorum*. Leida, 1660.

(12) *De errore profanarum religionum*.

(13) *Nihil est tam voluntarium quam religio*, V, 20.

hace mención de una iglesia cristiana fundada en Alejandría en oposición de la academia pagana. Tenía por objeto formar defensores de la verdad; pero no adquirió importancia hasta fines del segundo siglo, cuando el estóico Panteno, convertido á la fé, dirigió la escuela de *las palabras sagradas* (*Διδασκαλείον ἱερῶν λόγων*) y enseñando desde lo alto de una cátedra cristiana las doctrinas metafísicas del Museo alejandrino, pensó antes que otro alguno en reducir la religión á sistema.

Clemente Alejandrino.—Tuvo por sucesor á Clemente de Alejandría (muerto en 247) versadísimo en la filosofía de Platon, y cuyas principales obras son el *Pedagogo* y los *Estromatas* (14). En la primera, que es un compendioso resumen de la moral cristiana para uso de los catecúmenos, descende á las más mínimas reglas de la vida y del vestido. Quiere que este sea blanco, sin color ni flotantes pliegues, y más cuidado entre las mujeres, éstas deben ir calzadas y los hombres descalzos: prohíbe el oro y las pedrerías, teñirse el rostro y los cabellos, así como el exceso de adornos, el gran número de esclavos, especialmente de eunucos, de enanos y de monstruos, y alimentar á muchos animales en vez de dar pan á los pobres. No quiere que se frecuenten los baños, y menos cuando son comunes á los dos sexos; y recomienda ejercitar las fuerzas corporales en la lucha, en el juego de pelota, en el paseo, y más todavía en las ocupaciones domésticas, en sacar agua, en cavar, en cortar leña. Proscribe los dados y demás juegos de gentes ociosas, el circo y el teatro; así como los saludos en alta voz en medio de la calle, para no darse á conocer inútilmente á los infieles.

Estas prohibiciones cuyas demuestran con cuanto dificultad cambiaria el cristianismo las costumbres depravadas que encontró; y asombra oír como los bautizados se abandonaban todavía á las frivolidades é infamias gentiles, rodeándose de criados, engalanándose con exceso, con perfumes y cediendo á las intemperancias; á la vez que las mujeres iban cargadas de perlas y piedras preciosas, se desnudaban en presencia de los hombres y entraban en los baños cuya magnificencia parece increíble (15).

Su otra obra los *Estromatas* ó sea las alfombras, dió nombre á un tejido de filosofía cristiana; es una colección de nociones variadas, sin trabazón alguna sobre la historia, la cual nos ha conser-

(14) CLEMENTIS ALEXANDRINI *Opera græce et latine quæ extant*, edidit POTTER. Oxford, 1715; 2 tomos en folio, reimpressos en Venecia.

(15) «Su baño es una cámara de maravilloso artefacto, portátil, transparente, cubierta con una tienda llena de sedas, oro, plata, vasos de estos metales y en que se sirve de beber en unos y de comer en otros, y algunos para el baño. Hasta las calderitas para calentar el agua son de plata. Su intemperancia es tanta, que no entran en el baño sin estar ebrias; y ostentan suntuosos adornos de plata, ó lo más rico y pomposo que puede halagar su vanidad.»

vado interesantísimos pormenores que no se encuentran en ninguna otra parte; sobre la lógica, es decir, sobre la distinción de la fé y de la ciencia, y sobre las reglas de la argumentación; sobre la teoría; allí pesa filosóficamente la doctrina evangélica y la certidumbre de los conocimientos humanos.

En su *Exhortación á los Gentiles* acomete la empresa de probar que en cada siglo la unidad de Dios y las verdades más capitales fueron profesadas por los filósofos y por los poetas, y que las han sacado del pueblo hebreo (16), lo cual sostiene con grande aparato de ciencia. A veces es elocuentísimo al desenvolver sus pensamientos.

Fulminando enérgicamente la invectiva contra el paganismo, dice: «Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios y haré conocer á los contempladores de la verdad los prestigios ocultos en vuestros secretos ritos... ¡Qué esceso de impudencia! Hubo un tiempo en que la noche escondía entre sus sombras los deleites de los hombres moderados; ahora, consagrada á la incontinencia, revela las infamias de los iniciados, y las antorchas iluminan la pasión y el vicio... Cantanos, Homero, tu magnífico himno; los amorosos hurtos de Marte y Venus. Pero no, enmudece, no es magnífico el canto que enseña el adulterio. No queremos que se mancillen nuestros oídos escuchando palabras de fornicación y de estupro... Vuestros dioses, crueles é implacables respecto de los hombres, no solo oscurecen su espíritu, sino que se complacen en ver correr su sangre en las feroces luchas del circo y de la arena, en las batallas mortíferas donde se invoca su nombre, en los sacrificios que exigen de las ciudades y de los pueblos. Aristomenes inmola en la Mesenia una triple hecatombe de hombres al Júpiter de Itoma, y entre el número de las víctimas se cuenta Teopompo, rey de Lacedemonia. Los habitantes del Quersoneso Táurico inmolan á su Diana todos los naufragos que abordan á sus playas, y en una tragedia de Eurípides son celebrados estos sacrificios. Mónimo cuenta que en Pela de Tesalia se sacrificaba un aqueo á Peleo y á Quirón;

(16) Hemos procurado demostrar esto mismo, aunque probando estas verdades deduciéndolas de la tradición primitiva antes de la dispersión de los hombres.

Guizot escribía á Augusto Gasparin: «En el panteísmo oriental no hay el hombre; en el panteísmo griego no hay Dios. En el cristianismo hay Dios y hombre; ve las cosas sencillamente como son, y dejó á cada cual en su lugar, es decir, en su naturaleza. El hombre del cristianismo es un sér real, individual, que nace un día fijo y no muere nunca; que vive y vivirá por propia cuenta en la eternidad. El Dios del cristianismo es el sér supremo, no el sér único, el soberano soberanamente inteligente del mundo, y no el mundo mismo. No tiene la inmovilidad del Gran Todo oriental, ni la fragilidad humana del Jové griego. Es Dios, como hombre es el hombre. El cristianismo no es una cosmogonía filosófica, ni una mitología poética; es una religión, esencialmente la religión.»

Anticles y Dosidas dicen que los licios, oriundos de Creta, ofrecían á Júpiter víctimas humanas; los lesbios á Baco; los focidios á Diana Táurica. Erecto de Atenas y el romano Mario degüellan á sus propias hijas, uno á Proserpina y otro á los dioses Averruncos. De este modo hacen ver los demonios cuanto aman á los hombres. ¡Y tales supersticiones encuentran sectarios! Y no se aperciben de que estos no son holocaustos, sino homicidios; de que ni el lugar, ni el nombre pueden alterar la esencia de las cosas; de que inmolar á Diana y á Júpiter es lo mismo que inmolar á la cólera, á la avaricia, á la venganza y á otros demonios de la misma especie: de qué es completamente igual matar á un hombre sobre el ara ó en la encrucijada de un camino!»

Opone la idea del progreso á la estabilidad, que era el refugio del paganismo amenazado. «¿Direis acaso que no es lícito destruir los usos recibidos de nuestros mayores? Y por qué no tornais á vuestro primer alimento, á la leche á que cuando acababais de nacer os acostumbraron vuestras nodrizas? ¿Por qué aumentais ó disminuís los bienes paternos en vez de conservarlos tales como se os han transmitido? ¿Por qué hemos renunciado á las cosas que hacíamos en la infancia? Nos hemos corregido nosotros mismos sin necesidad de maestros. Pero si en lo concerniente á esta vida pasajera no os mostrais celosos observadores de las instituciones paternales, ¿por qué no habeis de renunciar á una costumbre que sería mortal en lo más importante que existe? Habeis encanecido en el culto de las falsas divinidades; llegad ahora á rejuveneceros en el del Dios verdadero. Es un magnífico himno que el hombre entona á su criador cuando consuma obras de justicia, y en aquel resuenan todas las palabras de la verdad. Siga el ateniense las leyes de Solon, el argio las de Foroneo, el espartano las de Licurgo, pero si eres cristiano, el cielo es tu patria y Dios tu legislador. ¡Salud, oh luz bajada del cielo, más pura que la del sol, más amable que lo más dulce que hay en la vida!... Quien la sigue conoce sus errores, ama á Dios y al prójimo, cumple la ley y alcanza recompensa. El Evangelio es la trompeta de Cristo: la ha llenado con su soplo, nosotros hemos escuchado su sonido; y cubriéndonos con la coraza de la justicia, con el escudo de la fé, estamos dispuestos á combatir el pecado.»

A menudo se ha abusado del precepto evangélico de la pobreza, ora exagerándolo en la aplicación, ora considerándolo como funesto á la sociedad. Merece ser citada la explicación que da de él Clemente en el tratado que lleva por título *¿Qué rico se ha salvado?* «Se cumple el precepto, dice, cuando se convierten las riquezas en materia é instrumento de buenas obras. Indiferentes por su índole no conviene censurarlas, ni desacreditarlas sin motivo. Todo depende del uso que de ellas se hace. Tampoco hay porqué imputarlas los males que ocasionan, sino á las pasiones, á las inclina-

ciones viciosas que desnaturalizan los dones del Criador apartándolos de su uso, y que emplean en el mal lo que puede convertirse para nosotros en un manantial de méritos.»

No podemos pasar en silencio entre otros apologetas el nombre de Apolonio, mártir, que defendió la causa de la fé ante el Senado (17); de Dionisio, obispo de Corinto, que en diferentes epístolas explicó la doctrina católica, y combatió las heregias; y de Taciano de Siria, que fué discípulo de San Justino. Escribiendo contra los helenos (18) demuestra este último la vanidad de sus estudios, especialmente las contradicciones de sus filosofías, á las cuales opone la verdad católica sobre la naturaleza de Dios y sobre el libre albedrío. «Cuando algunos cínicos, dice, cuyo único mérito estriba en ofrecer á los ojos una espalda descuidadamente cubierta, cabellos erizados, barba y uñas largas, y decir que no necesitan de nada, reciben de pension hasta doscientas monedas de oro, ¿se pretenderá obligar á los cristianos á seguir la costumbre de los gentiles?» Y se dedica á probar largamente que la virtud es incompatible con la idolatría, con los monumentos erigidos á las mujeres deshonradas, con la infamia del teatro que revela los delitos envueltos en el manto de la noche; con la inutilidad de los atletas y la atrocidad de los gladiadores, espresamente mantenidos para divertir con la muerte. No siendo la filosofía de los cristianos solamente para uso de los ricos, se les escarnece sin justicia de que se detengan á discutir con niños y necias mujeres. Taciano aspiró á enderezar la filosofía oriental hácia el sentimiento cristiano, considerándola como infinitamente superior á la de los griegos, aunque viciada por la idolatría. Pero fué á veces muy lejos queriendo conciliar las emanaciones con el dogma católico; luego por esceso de rigor se extravió totalmente, condenando el matrimonio, declarándose contra los que comían carne ó bebían vino. En esto consistía la heregia de los hipoparastatos y encratitos.

También fueron combatidos los errores de la filosofía griega por Hermias que vivió en el segundo siglo (19); y las de los filósofos orientales por San Ireneo, apóstol de las Galias y obispo de Lion, que fué martirizado á principios del siglo III.

Dionisio Areopagita.—Bajo el nombre de Diosio Areopagita se han publicado muchas obras mal aplicadas por algunos al siglo V, puesto que ya Orígenes hace mención de ellas. Instruido en la filosofía oriental la representa el autor como transformada por el dogma cristiano; y sus libros sobre

(17) *Cum iudex multis eum precibus obsecrasset, petissetque ab illo uti coram senatu rationem fidei suae redderet, elegantissima oratione pro defensione fidei pronuntiata.* EUSEBIO, V, 21.

(18) Los paganos eran designados con este nombre en Oriente.

(19) *Irrisio gentilium philosophorum.*

la *Gerarquía* y los *Nombres divinos* explican; en cuanto está al alcance del hombre, la generación del Verbo y de las ideas. En esto encontró la escolástica en la Edad Media un abundante manantial de discusiones.

Atenágoras aniquiló las explicaciones alegóricas que no ha mucho quisieron reproducirse en defensa ó excusa del paganismo, y dice: «Ya sea Júpiter el fuego, Juno la tierra, Pluton el aire, Tetis el agua, todo esto constituye elementos, pero no forma dioses; la divinidad manda, los elementos obedecen, y atribuir la misma virtud al ente que manda y al que sirve, es asimilar la materia mudable, perecedera y corruptible, á un Dios increado, eterno y siempre semejante á sí mismo.» Justino dice al mismo objeto: «Yo abandono á Platon; no porque su doctrina sea contraria á la de Cristo, sino porque no es en todo semejante: otro tanto digo de los discípulos de Zenon, y de los poetas y de los historiadores. Percibieron ellos una parte solamente de la razón, diseminada por todas partes, y expresaron de una manera admirable la que se encontraba al alcance de su capacidad. ¡Pero en qué contradicciones no incurrieron respecto de puntos más graves, por no haber sabido elevarse á la doctrina por excelencia, á la ciencia divina que nunca falla! Lo que dijeron admirable, pertenece á nosotros los cristianos, que amamos y adoramos, después del Dios Padre la Palabra divina, el Verbo engendrado por este dios increado, infalible. Mediante la razón que depositó en nosotros como un germen precioso, pudieron vuestros filósofos descubrir la verdad, pero siempre como un débil crepúsculo. Este germen sencillo, este bosquejo ligero, proporcionado á nuestra debilidad, ¿puede compararse nunca con la verdad misma, comunicada en toda su plenitud y en toda la extensión de la gracia?»

Orígenes.—Orígenes (188-253) natural de Alejandria, resplandece en primera línea entre los filósofos cristianos, Avido del martirio, cuya palma había alcanzado su padre Leonidas en Egipto durante la persecución de Severo, visitaba á los presos, les acompañaba al tribunal y al suplicio sin asustarse de las vociferaciones del pueblo, ni de los castigos de los magistrados. Obligado á platicar continuamente con las mujeres para catequizarlas, se despojó de la virilidad, interpretando el Evangelio según la letra, á fin de no dar origen á maliciosas murmuraciones. Se dirigió á Roma anhelante de conocer su Iglesia, y acabó por fijarse en Cesarea, donde concibió afecto á Ambrosio, su rico prosélito, y se puso á comentar la Sagrada Escritura: asistíanle siete secretarios á quienes dictaba otros tantos libros, y algunas jóvenes que sacaban copias de sus obras.

En la persecución de Decio fué encarcelado Orígenes y puesto en tortura; pero se le dejó la existencia con la esperanza de que sucumbiría, arrastrando á otros á imitar su ejemplo; no obstante, permaneció firme, y dirigió á los demás fervorosamente

epístolas para exhortarles a la constancia. Cuando sobrevino la persecucion de Maximino se retiró al lado de una dama piadosa, sacando provecho de su rica biblioteca. En su casa compuso los *Exápo- los* y la *Exhortacion al martirio* dirigida á Ambrosio, que se hallaba preso; siguió después comentando los libros santos, apartando los apócrifos y coleccionando las partes auténticas: copió las diferentes traducciones en tres ejemplares, una de tres, otra de seis y otra de ocho columnas: luego la de los Setenta por separado, indicando con anotaciones interlineales lo que había añadido al testo hebreo. Escribió veinte y cinco libros sobre el Evangelio segun San Mateo, y muchos sobre los profetas menores no tanto para desarrollar el sentido real como para adaptarles á su propio pensamiento, y de tal modo que al ver el bulto de sus obras sorprende que un solo hombre haya podido componerlas, ni aun escribirlas (20).

A más de tarea tan laboriosa tenia conferencias con los fieles y discusiones con los herejes; además estaba en correspondencia con muchas personas, ora para disculparse, ora para dar consejos ó para dirigir consultas al emperador Filipo, ora para reanimar el fervor de los fieles, con especialidad á fin de que no dejaran de asistir el domingo y el viernes á la lectura y á la esplicacion de los textos sagrados. El gobernador de la Arabia, y Mamea, madre del emperador Alejandro, quisieron oírle tratar del alma, y una multitud de discípulos permanecian á su lado desde la mañana á la noche. Benévolo con ellos estudiaba su carácter, y San Gregorio, obispo de Neocesarea nos describe el modo como les educaba este su maestro: «Después de haberles acostumbrado al raciocinio práctico, les acostumbraba á la lógica, enseñándoles a no admitir ni á negar las pruebas al acaso, á no pararse en las apariencias, á no asustarse de lo que tiene apariencias de paradoja; y que amenudo son muy verdaderas, en suma á juzgar santamente de todo y sin prevencion. Les aplicaba luego á la física para considerar el poder y sabiduría infinita del autor del mundo, tan propias para humillarnos, les enseñaba también las matemáticas, principalmente geometría y astronomía, y por último, la moral, no queriendo que se desvaneciera en vanos discursos, en definiciones y en distinciones superfluas, sino que fuese práctica é indujera á meditar sobre sí propio desarraigando los vicios, fortificando la razón y engendrando la virtud. A sus palabras agregaba los ejemplos, siendo el mismo un modelo de todas las virtudes. En último lugar venia la teología diciendo que el conocimiento más necesario es el de la causa primera y para cuyo

(20) *Quis nostrum tanta potest legeri, quanta ille conscripsit?* SAN GERÓNIMO, Can.—*Nemo mortalium plura; ut mihi sua omnia non solum non perlegi, sed ne inveniri quidem posse videantur.* VICENTE DE LERINS, Com.—De La Rue, prior de San Mauro, publicó, ORIGENIS *Opera omnia que graece vel latine tantum extant*, en 4 tomos. París. 1733.

estudio les daba á leer todo lo que habían escrito los poetas y los filósofos griegos y bárbaros, excepto solamente aquellos que negaban á Dios, persuadido de que es necesario conocer el lado fuerte y el flaco para preservarse de las preocupaciones, no someterse á la autoridad de ningún particular. Pero en tal lectura les guiaba como por la mano para evitar que tropezasen y manifestarles lo que tiene de útil cada secta, á todas las cuales conocia admirablemente. Aconsejábales que no se adhiciesen á ningún filósofo por renombrado que fuera, sino á Dios y á sus profetas. Por último les explicaba las Sagradas Escrituras, de las que era el intérprete más erudito.»

La obra de Orígenes que produjo los resultados más útiles fué su escrito contra el epicúreo Celso, que en tiempo de Adriano había compuesto un *Discurso sobre la verdad*, en que combatía á los judíos y á los cristianos; se vanagloriaba de haber leído sus libros, en los que hallaba motivos de desden y de calumnias, en lo que fué miserablemente copiado por los pretendidos filósofos del siglo XVIII. Orígenes confirmó la religión, menos con auxilio de argumentos que con hechos, discutiendo las profecías sobre los milagros de Jesucristo, que no negaba Celso, si bien los atribuía á la magia, y sobre los que se renovaban frecuentemente en la Iglesia. Le oponía especialmente el cambio de las costumbres, la continencia, el celo por la conversión agena.

Así como la escuela de Alejandria había propendido á absorber el cristianismo en su filosofía universal, aquel Leibnitz de los primeros siglos pretendió adaptar el platonismo á la religión cristiana. Buscó el triple sentido á los relatos evangélicos, suponiéndoles uno místico; quería que contuvieran á la vez dos verdades, una histórica, otra moral, primer paso hácia la escuela protestante de los modernos exegetas de la Alemania, la cual pretende que hasta en los hechos de pura narración no siempre rige el sentido literal. Mas nunca deja de ser difícil construir un sistema con materia llena de profundos misterios, estando colocada la fé mucho más alta que la ciencia, y no pudiendo el cristianismo por infinito que sea ceñirse á formas limitadas sin que la revelación pierda en valor ó en poder espiritual.

Viajando por la Acaya para destruir las herejías fué ordenado sacerdote; pero cuando se supo que era eunuco, y excluido de consiguiente de las sacras órdenes por los cánones, se suscitó gran murmullo entre los fieles. Este motivo y también algunos errores diseminados en sus escritos determinaron (23) á Demetrio, obispo de Alejandria, á prohibirle en nombre de un concilio enseñar y residir en aquella ciudad; hasta le declaró depuesto y luego escomulgado.

Orígenes se descarrió principalmente en un tratado *De los principios* (21), en que negando la dualidad

(21) *Περὶ ἀρχῶν*. No nos queda más que la traducción

del principio de las cosas, sostiene que Dios es bueno é inmutable, libres las criaturas y capaces del bien como del mal; pero va muy allá en las consecuencias, pretendiendo que proviene de su mérito la desigualdad de las criaturas. Dios, criador necesario porque es omnipotente, Señor y dueño, debió criar desde toda la eternidad seres que le presten obediencia; produjo en un principio algo pasivo que fué el asunto de las formas, es decir, la materia. En su origen vivieron los espíritus (22) la vida divina, como inteligencias perfectas; y hallándose dotados como estaban de libertad variable, y entibiados en la caridad posteriormente, abusaron de la libertad algunos y se condenó su esencia, lo cual les hizo caer en el estado de almas encarceladas en diversos cuerpos proporcionados á su demérito (23). Los menos culpables animaron á los planetas, otros á los ángeles, otros á los hombres; de donde se sigue que la creación entera es una gran caída, de la cual propende á levantarse pasando por diferentes estados, hasta que la misma materia sufra una transformación gloriosa. No teniendo las penas otro objeto que la corrección de aquel á quien son aplicadas, resulta de aquí la negación de la eternidad del castigo, debiendo volver todo en la consumación de los siglos á entrar en la unidad de donde saliera (*apocatastasis*).

Estos errores, la preexistencia y la caída personal, de que abjuró quizá, fueron reproducidos más tarde por los arrianos, que no dejaron de apoyar con esta autoridad sus nuevas sutilezas, y fueron entonces alternativamente sostenidas y refutadas. No sabia que hacer de los cuerpos después de la resurrección y creía que se resolvían en una sustancia espiritual.

Aquel hombre de una vida irreprochable y que creyó siempre en la potestad de la razón, fué venerado por sus contemporáneos, que casi le consideraban como á un nuevo Platon. Le reputa la Iglesia como uno de sus más ilustres doctores, y San Jerónimo no vaciló en llamarle el *gran maestro de la iglesia, después de los Apóstoles*; diciendo que estaría pronto á tomar sobre sí los errores que le imputaban, con tal de que poseyera su sabiduría: Pero después moderó sus alabanzas, conforme veremos, porque si el modo de espresarse intrincado y confuso, la aparente refutación, el lenguaje escri-

hecha por Rufino, alterada con frecuencia, segun propia confesion, como veremos en el libro siguiente, capítulo XI.

(22) Para él no es incorporeo el espíritu. Escribe *Contra Celso*, lib. I. «La naturaleza de Dios es la única que vive con independencia de la vida corporea... El alma invisible é incorporea por su naturaleza no puede existir en lugar alguno corporeo sin necesidad de un cuerpo adecuado á la naturaleza dicho lugar.»

(23) Si bien en otras obras se contradice, aquí sienta que la materia se utiliza tanto más cuanto más se ama á Dios; de donde se sigue lógicamente la absorción panteística.

tural y el respeto debido á un gran hombre no dejaron al principio observar sus errores, luego se vieron en él los gérmenes de las herejías de Arrio sobre el Verbo, de Macedonio sobre el Espíritu Santo, de Pelagio sobre la gracia, y de Nestorio y Eutiquio sobre la Encarnación.

Todos estos se apoyaron en él, quizá porque no tuvo toda la precisión que emana solamente de largos debates y controversias. Todo esto dará materia para hablar de él largamente, porque el origenismo, amen de los dogmas representa el contraste del cristianismo contemplativo oriental con el laborioso y mundano del Occidente.

Diferencia entre los P.P. griegos y latinos.—Se habrá podido notar una diferencia entre los padres latinos y los padres griegos; pues aunque el Oriente hubiera transmitido al Occidente gran parte de su cultura intelectual, y recibiera de allí sus leyes y su gobierno, se diferenciaban, no obstante, en carácter, costumbres y creencia. Se servían de dos lenguas oficiales, y cada una de ellas tenia su literatura propia; adoraban á los mismos dioses, pero de diferente modo. Las personas ilustradas entendían, pues, predicar el cristianismo bajo la influencia de ideas distintas en Roma que en Nicomedia y en Alejandria; así fué combatido en estas diversas comarcas con armas diferentes. En parte había sido la lengua causa de que la metafísica y la filosofía sublime jamás prosperaran en Roma, mientras que la sana inteligencia y el espíritu práctico se desarrollaron allí hasta el más alto punto en la legislación. Los apologistas latinos conservan algo de la fiera romana: tirantes, obstinados desdeñados humillarse y transigir con el enemigo, y hasta emplear contra él otras armas que las suyas propias; así descuidan las galas de la elocuencia, los recursos de la lógica, las reminiscencias de una literatura á que tenían aborrecimiento. Aun se hallaba floreciente en Grecia la cultura intelectual cuando apareció el cristianismo, lo cual hizo que encontrara allí enérgica resistencia. Muchos padres griegos habían pasado como San Clemente de una filosofía á otra, buscando un objeto á la vida, una regla á las acciones, hasta el momento en que con la misma intención se aproximaron al cristianismo; habían satisfecho su expectativa y habían bajado al palenque, ceñidos á semejanza de David con la espada del gigante.

Hasta el enemigo que unos y otros tenían que combatir era diferente. Roma, para quien la religión y el Estado son una misma cosa, no sabe condenar rigurosamente al cristianismo, sino declarándole enemigo del género humano, es decir, del imperio: su genio legal decreta y mata, no discute: por su parte oponen rigor á rigor los apologistas: contentándose con esponer el dogma y atenerse á la letra escrita. Al revés los griegos se han visto arrancar las instituciones de sus antepasados sin dejarles más que el recuerdo de sus antiguas glorias; el gusto de la discusión y de las sutilezas se ha arraigado y connaturalizado entre ellos, y á esto se debe que

fastidiados de examinar maduramente las añejas cuestiones sofisticas y metafísicas, se lanzan con avidez á lo que brinda nuevo pasto, al más vital alimento. Pero los retóricos y los sofistas ciegamente adictos á las doctrinas de escuela, consideran á los cristianos como innovadores insensatos y peligrosos, que rechazando las ideas unánimemente admitidas, y desconociendo la autoridad de la tradición, sumen la conciencia humana en la incertidumbre. Así á la par que en Roma enviaban los magistrados á la muerte, examinaban y discutían los sabios de Grecia, lo cual obligaba á los apologistas á entrar en minuciosos detalles, á admitir la objeción capciosa, á batir en brecha las sutilezas paradójicas. Conociendo cuanto poder ejerce la libertad de la palabra, pedían solo que en la discusión de la verdad no interviniera la fuerza.

Especulativo por su índole el genio griego, prendado de toda cultura intelectual, pregona los servicios hechos por la filosofía: organizador por esencia el genio romano, señala sus abusos y la declara inhábil para fundar un orden de cosas real y efectivo: tiende á establecer la sociedad espiritual y su gobierno por medio de instituciones. Por eso los papas se aplican especialmente á mantener y á desarrollar la constitución cristiana, á moderar la vivacidad de los espíritus, hasta que todo lo que se enlaza con la fé quede completamente consolidado.

A veces los doctores griegos y latinos aparecen más anhelantes por derribar al enemigo que por ilustrarle, no teniendo por falta emplear argumentos y hechos que la crítica rechaza. No es, pues, difícil descubrir en sus obras algún lado débil ó poner en ridículo la insistencia con que impugnan las objeciones pueriles (24), es señalar las exageraciones parciales á que arrastra toda gran lucha de doctrinas. Pero si no se tiene en cuenta la clase de enemigos á quienes tenían que combatir, se les podrán dirigir todavía más censuras, y especialmente la debilidad, cuando se sirven de armas adecuadas

(24) Minucio Félix se ocupa en demostrar que se imputa falsamente á los cristianos adorar una cabeza de asno.

á sus adversarios. Entre estos, unos lo niegan todo al estilo griego; otros á la oriental se fundan en ciertas tradiciones antiguas cual lo hicieron los protestantes del siglo xvi, que por oposición á los católicos, combatían toda autoridad, al paso que pretendían establecer una para su peculiar uso. Convenía, pues, á los padres probar á los racionalistas griegos que no era posible llegar á la verdad con la filosofía independiente; á los orientales que reposaba sobre la autoridad de la tradición el cristianismo y no el paganismo. Se necesitaba, pues, recurrir á un sistema de argumentación diferente; si no se presta atención á aquellos contra quienes se debía hacer uso de este sistema, es fácil decir que el uno ó el otro era inoportuno.

Pero la filosofía que contempla las cosas bajo el aspecto más lato, vé á los Padres de la Iglesia abrir el camino de la sociedad moderna, aun colocándose en el terreno de la antigua. Combatiendo ésta ponen de manifiesto sus secretos y sus debilidades; revelan las vacilantes y contradictorias bases en que se apoya; al geroglífico oriental sustituyen el racionalismo cristiano, que en su magestuosa carrera lo abarca todo, y nada aventura sin probarlo: rasgan el velo de los oráculos, de las iniciaciones, y muestran la ignorancia del hombre acerca de las verdades más necesarias á su conducta, más caras á su corazón, más dulces á sus esperanzas.

Suyo fué el triunfo. Desde aquel tiempo cesaron los reyes de condenar á muerte á los cristianos, aunque no dejaron de combatirlos: aun forma el voto de las personas honradas la libertad de la conciencia tal como Tertuliano lo pedía, no solo para el Senado, para una ciudad ó para una nación, sino para todo el universo. Han caído en olvido las cuestiones debatidas por ellos; pero lucharon en favor de nosotros plebe sin leyes, sin fuerza, sin divinidad; á fin de que no fuéramos ya esclavos en las ergástulas, ó pasto de los leones, para diversion del pueblo rey, ó juguete de los sofismas de los filósofos y de los insolentes caprichos de los dominadores. Lucharon para que pudiéramos poseer el sentimiento de nuestra igualdad, y proclamarla como un derecho hasta que el tiempo la sancione y consagre como tal.

CAPÍTULO XXIX

PAZ Y CONSTITUCION DE LA IGLESIA.

Desde muchos años duraba la persecución comenzada por Diocleciano, cuando inducido Galerio, sin duda por su enfermedad, á mejores sentimientos, publicó tanto en su nombre como en el de Licinio y Constantino un edicto concebido en esta forma (1.º marzo, 311): «Entre el número de las más asiduas solicitudes que hemos dedicado al bien público, contamos la de restablecer las cosas conformemente á la antigua disciplina romana, y la de atraer á los cristianos que, despreciando presuntuosamente las prácticas de la antigüedad, habían abandonado la religión de nuestros padres, y obstinándose en ciertas ideas, se daban leyes á su capricho y se reunían en lugares diferentes. En ejecución de uno de nuestros edictos, que intimaba á todos no apartarse de las reglas de sus padres, han padecido muchos de ellos y otros han perecido. Viendo, no obstante, que la mayor parte persisten en su opinión obstinadamente, de manera que no quieren rendir á los dioses el culto que les es debido; por un efecto de nuestra clemencia y de la costumbre que siempre hemos tenido de hacer gracia á todos, les permitimos profesar libremente sus opiniones particulares y congregarse en sus conventículos, sin miedo de que se les perturbe, con tal de que conserven el debido respeto á las leyes y al gobierno establecido. Esperamos que nuestra indulgencia impulsará á los cristianos á rogar á Dios por nuestra prosperidad y salud, y por la de la república (1).»

Todavía se trata aquí con desden la opinión poco antes perseguida, si bien á lo menos es tolerada. Entonces salen los confesores de los calabos

zoz y de las minas; los apóstatas volvían á la penitencia; tornan á sus hogares los fugitivos, y pueden todos profesar libremente su fé y su culto volviendo á cantar su Dios fuerte que de las piedras puede hacer salir hijos de Abraham.

Sin embargo, á instancias de los paganos de Antioquia, Maximino II restringió en un principio la libertad de los cristianos, luego comenzó otra persecución nueva, no solo con tormentos, sino publicando blasfemias atribuidas á Cristo y á sus sectarios. Aunque por un efecto de la soberana clemencia no debieran los cristianos ser condenados á muerte, sino (soberana clemencia) solo mutilados de alguno de sus miembros, acontecía más de una vez que los ejecutores no temían escudarse.

Al revés Constantino mereció el nombre de Grande por parte de todo el que honra á un príncipe en virtud de admitir ideas nuevas, combatidas vanamente durante mucho tiempo. Acaso ignoraba entonces las doctrinas cristianas; á lo menos es cierto que distaba mucho de ajustar á ellas sus acciones. En 308, después de su victoria sobre los francos, rinde gracias á Apolo, á quien hace magníficas ofrendas (2). Eusebio, su eterno panegirista, cuenta que á su partida con dirección á Italia se puso á deliberar acerca del Dios que escogiera (3), y que después del milagro del *Lábaro*, envió á buscar doctores cristianos para ser instruido por ellos. Pero tenía delante de sus ojos el ejemplo de la piadosa Elena, su madre; y el de su padre, que toleró á los cristianos y les brindó asilo, aunque por condescendencia á Diocleciano les vedara la pública profesión de su culto. Por otra parte cuando sus rivales aspiraban á grangearse el favor

(1) Este edicto nos ha sido transmitido en griego por Eusebio, VIII, 17, y en latín por LACTANCIO, *De morte persecutorum*, 34.

(2) *Panegyrici veteres*, p. 215.
(3) *Vita Constantini*, c. 28.